

*Dedicado a todo aquel  
que un día decidió hacer el camino,  
cualquiera de los muchos que hay hasta Santiago,  
no importa.  
Y tras días de Sol, viento, barro, lluvia,  
y algún que otro desánimo,  
un día llegó a la Plaza del Obradoiro,  
con la emoción en el cuerpo,  
millares de imágenes en la retina,  
y el corazón rebosante con la amistad de muchos  
peregrinos que, como él,  
un día abandonaron su casa hacia Santiago.*

*Antonio Buzarra*



*Inicio del Camino de Santiago*

# POEMA del CAMINO

*Poema del camino  
Polvo, barro, sol y lluvia,  
Es Camino de Santiago.  
Millares de peregrinos,  
Y más de un millar de años.  
Peregrino, ¿quién te llama?  
¿Qué fuerza oculta te atrae?  
Ni el Campo de las Estrellas,  
Ni las grandes catedrales.  
No es la bravura navarra  
ni el vino de los riojanos  
ni los mariscos gallegos  
ni los campos castellanos  
Peregrino, ¿quién te llama?  
¿Qué fuerza oculta te atrae?  
Ni las gentes del Camino,  
ni las costumbres rurales.  
No es la historia y la cultura  
ni el gallo de la Calzada,  
ni el palacio de Gaudí,  
ni el castillo de Ponferrada.  
Todo lo veo pasar,  
y es un gozo verlo todo,  
mas la voz que a mí me llama,  
la siento mucho más hondo.  
La fuerza que a mí me empuja,  
la fuerza que a mí me atrae,  
no sé explicarlo yo,  
¡sólo El de Arriba lo sabe.*



*Virgen de Biakorri*

## PRÓLOGO

El instinto humano, ese gran desconocido, lo mismo puede ser el causante de una gran proeza que cometer la más villana de las acciones. Yo creo que, por algún motivo ignorado, en un principio algo se envenenó en nuestro interior, algo cambió su proceder o su objetivo, que trastocó todo el ser para siempre. Quizás, en un principio, fue la necesidad de sobrevivir como individuos y, por consiguiente, permanecer como especie. Pero es en nuestro interior donde se mueven los hilos de nuestras acciones, de nuestras reacciones y brutalidades. Yo creo que la parte racional de nuestra entelequia está secuestrada por la parte bruta de la misma, llena todavía de las sombras oscuras de los principios de los tiempos cuando la respuesta a una agresión era una dentellada, cuando tras una caricia podía venir una agresión. Tormentas de emociones o de falta de ellas inundan nuestro subconsciente para poder batir, eliminar, la amenaza que muchas veces está únicamente en nuestra propia mente, sin darnos cuenta de que los humanos somos una franquicia del planeta Tierra, que en cualquier momento nos puede cancelar el contrato.



*Distancia a Santiago de Compostela*

## Capítulo primero

# SANGRE EN EL CAMINO

El grito ensordecedor de una mujer desgarró el silencio apacible de aquella tarde de verano en el cercano bosque de hayas, junto a la pequeña villa de Bussunarits-Sarrasquette. El alarido fue tan intenso que una bandada de palomas torcaces emprendió el vuelo con gran estruendo rompiendo la paz en la frondosidad de las laderas del monte Lauriburu. Fue al atardecer, un poco antes del ocaso. El día había sido apacible y los pájaros, llenos de esperanzas para el día siguiente, parecían entonar los cánticos preparatorios para dormir. El sol estaba a punto de pintar de rojo las crestas de los montes cercanos antes de desaparecer en el horizonte, y el cielo, sobre la cima del monte Lauriburu, estaba comenzando a pintar de escarlatas y amarillos las verdes praderas, cuando la paz se rompió en aquel día de verano.

Aquel idílico crepúsculo era el decorado perfecto bajo el cual la sombra de la tragedia había anidado, haciendo pedazos aquella placentera escena, ensombreciendo la belleza del lugar con el descubrimiento del cuerpo de una joven semienterrada entre la arboleda. Apenas visible sobre la hojarasca, una mano blanca con las uñas rotas se podía adivinar entre las hojas y ramillas de las hayas que el viento había arrancado del árbol. Junto a ellas, los hayucos caídos el año anterior permanecían como testigos mudos de lo que acababa de ocurrir. Las escasas nubes parecían estancadas sobre los montes de alrededor, como señalando el lugar, observando desde su posición la tragedia mundana de aquellos seres inferiores, de aquellos individuos insignificantes que se arrastraban como gusanos por la superficie de la tierra.

Amelie, la joven que acababa de romper el silencio de la tarde, miraba con fijeza hacia un rincón del bosque. Sus ojos llorosos y el rostro destrozado revelaban que había perdido el valor para acercarse más. Su mente confusa, alterada y aterrada, no llegaba, o no quería comprender lo que allí había pasado. A pocos metros de ella, el cuerpo de una mujer cuyas blancas carnes, enrojecidas por los golpes y desgarros en su piel, intentaban ocultarse pudorosamente bajo el follaje del bosque de hayas del monte Lauriburu, ante la mirada de los extraños. Unos blancos pechos sobresalían un poco de entre las hojas, los cuales saliendo de la tierra apuntaban al cielo clamando justicia. Aún sin poder sobreponerse a la dantesca visión, Amelie mantenía en su mano el móvil con el que había avisado a la policía.

Pronto, el plácido atardecer se truncó con ruidos de sirenas y vehículos policiales, que no tardaron en acudir al lugar. Primero fue una unidad en coche que no tuvo dificultad en encontrar a Amelie. Joven, de unos dieciocho años, con el pelo rubio y con pantalón corto, estaba en cuclillas junto a una gigantesca haya, mientras mantenía el rostro oculto entre sus manos.

—Buenas tardes. ¿Ha llamado usted a la policía? —preguntó con acento tranquilizador uno de los gendarmes que acababan de llegar.

Amelie no respondió, se limitó a apartar una de sus manos del rostro y señalar hacia un lugar unos metros más allá, a la par que dejaba escapar de sus labios gemidos de horror.

El compañero del gendarme se dirigió con rapidez hacia donde señalaba la asustada joven. Tras echar una ojeada, aun estando acostumbrado a tanta tragedia, no pudo evitar un gesto de horror al ver aquel cuerpo desgarrado. Mientras un gendarme apartaba con delicadeza a la asustada Amelie, alejándola de la escena del crimen, el otro llamaba a la central con celeridad para corroborar la noticia, pedir refuerzos y que acudiese la científica. Sólo unos minutos después eran media docena de vehículos los que con rapidez y gran parafernalia acústica y lumínica anunciaban su próxima llegada.

—Acordonen el lugar —se escuchó con fuerza unos momentos después.



Mientras un gendarme colocaba con rapidez la consabida cinta de colores abarcando un gran espacio, el resto lo invadía todo con un montón de trastos para iluminar el lugar, ya que estaba anocheciendo. Como hormigas, los gendarmes empezaron su trabajo. Iban y venían por el terreno, muy despacio, buscando con cuidado entre los arbustos, las matas, incluso donde veían las hojas revueltas escarbaban un poco, mientras que otros hacían lo mismo por los alrededores, trayendo muestras y embolsándolas con cuidado, fotografiando, anotando escrupulosamente, con todo detalle, hora y lugar si encontraban algo, por inocente que pareciera, tras la consabida bolsita con la foto preliminar.

Por encima del monte Lauriburu el manto nocturno se había echado, dejando ver tintineantes las primeras estrellas de la noche que, mudas, observaban cómo de vez en cuando el lugar se iluminaba con los flashes de las cámaras, en un intento por captar el momento para la posterior investigación.

Mientras, los vecinos del cercano pueblo de Bussunarits-Sarrasquette, conocedores ya de la tragedia, se arremolinaban preocupados, comentando la noticia junto a la Cruz de Sarrasquette. Una farola antigua iluminaba escasamente el lugar, dándole un aspecto un tanto tétrico.

–Dicen que han encontrado a una chica joven completamente desnuda –decía, con cara de susto, una mujer ya entrada en años.

Un «ah» de horror, como el sonido de un coro ensayado, brotó de las gargantas de aquellas personas.

–La sangre le manaba a borbotones por la boca –comentó otro horrorizado.

Otro «ah» se volvió a escuchar, y así cada vez que algún vecino decía algo, fuera verdadero o exagerado.

–Seguro que la han violado –afirmó en un momento dado una voz entristecida.

–Sí –añadió un cuarto, compungido– pero ya está la policía allí.

–¿Es del pueblo? –preguntó un quinto con cara de preocupación.

–No se sabe –respondió una mujer de unos cuarenta años, entrada en carnes.

–Pues yo sé a ciencia cierta... –intervino otro.

Mientras las buenas gentes de Bussunarits-Sarrasquette elucubraban sobre los hechos, forjándose una falsa historia la mayoría de las veces, u otra muy exagerada, según su parecer, en el lugar del suceso, un hombre se mantenía con la cabeza fría. De pie frente a la escena, observaba con profesionalidad el lugar. Era el comandante de policía Jean Farbé, de la *Police Judiciaire* del pequeño pueblo de Saint-Jean-Pied-de-Port, distante unos cuantos kilómetros, junto a la frontera con España, el cual examinaba con precisión la escena del crimen.

–¿Alguien ha tocado algo? –preguntó con cara de preocupación, a la vez que miraba a su alrededor.

–No, comandante –respondió un gendarme justo al lado–. Ni siquiera ha venido el forense –agregó con una mueca de desaprobación.

Ante aquella respuesta de su agente, el comandante Jean Farbé mostró su enfado por aquella ausencia, apoyándolo con un movimiento de cabeza.

–¿Sabemos quién es? –preguntó mientras observaba el cadáver.

–Todavía no, comandante –respondió el gendarme–. Estamos buscando por los alrededores, por si el agresor hubiera tirado la documentación de la víctima.

–Bien, si encontráis algo me lo comunicáis.

Antes de dejar contestar al gendarme, volvió a la carga.

–¿Quién la ha encontrado? –preguntó alzando la mirada y mirando a su alrededor.

–Aquella joven, comandante.

Jean Farbé se dirigió con decisión hacia donde le habían señalado, donde la joven Amelie, cuya silueta, difuminada por el con-

traluz del anochecer, se mantenía de pie junto a una policía, a la vez que intentaba secarse las lágrimas que seguían brotando de sus ojos.

—Perdone, soy el comandante Jean Farbé —se presentó con amabilidad—. ¿Es usted quien ha encontrado el cuerpo? —dijo con suavidad, con intención de no aumentar el desgarró emocional de quien acaba de descubrir un crimen. Bastante sabía él de la fragilidad mental en la que estaban, durante los primeros momentos, las personas que hallaban un cadáver.

Jean Farbé no obtuvo respuesta sonora de la asustada Amelie, como confirmación sólo obtuvo un movimiento de cabeza de aquella aterrada joven.

—Comprendo que esté asustada —comentó con sutileza. Entendía el estado de ánimo de aquella joven. Tantos años de profesión habían hecho que crease una especie de sensibilidad hacia los testigos presenciales. Pero por desgracia, para la investigación necesitaba respuestas. Respuestas que no podían esperar, pues era muy posible que pasadas las horas la propia mente quisiera proteger al testigo haciendo que olvidase los momentos más trágicos y escabrosos, por lo que, por el bien de la investigación, debía insistir—, pero preciso que me responda a unas preguntas —Jean Farbé la miró en espera de algún movimiento de la joven—, es el protocolo —añadió con ánimo de ayudarla a tranquilizarse.

Tras unos segundos, Amelie retiró sus manos de la cara mostrando unos bonitos ojos, enrojecidos de tanto llorar, y un rostro ensombrecido por el sufrimiento.

—¿Qué... qué quiere saber? —preguntó entrecortada.

Jean Farbé no lo dudó y comenzó a disparar sus preguntas.

—¿Conocía a la víctima?

La joven Amelie no contestó, se limitó a negar con un movimiento de cabeza.

—¿Qué hacía usted por aquí?

La muchacha se tomó unos segundos para contestar.

–Estaba haciendo un poco de senderismo –susurró entre sollozos– por el monte Lauriburu, antes de ir a casa a cenar.

–¿Suele pasar por aquí? –volvió a preguntar.

–Sí, casi todos los días. Vivo ahí mismo –indicó sin mirar, señalando con el brazo hacia el pueblo de Bussunarits-Sarrasquette–. Justo a la entrada. En aquella casa de teja gris –aclaró.

–¿Ha visto a alguien esta tarde?

Amelie ni siquiera alzó el rostro, se limitó a contestarle mientras mantenía los ojos clavados en el suelo. Parecía que o bien encontraba consuelo entre la hojarasca, o se evadía de todo aquel horror refugiándose entre las hojas del bosque.

–No, no –negó–. A veces veo a algún peregrino que hace la etapa desde Ostabat a Saint-Jean-Pied-de-Port –exclamó entre sollozos–, y entablamos conversación mientras nos acercamos al pueblo... –el llanto volvió a interrumpir a la joven.

–¿Y hoy no ha visto a nadie? –insistió el comandante.

–No, a nadie –respondió a la vez que se volvía a cubrir el rostro con las manos y el llanto desconsolado volvía a surgir de su garganta.

–¡Comandante! ¡Comandante! –se escuchó en el bosque.

–¿Qué ocurre, Adrien? –respondió Jean.

Adrien era el segundo del comandante. Recién ascendido a capitán, su juventud, apenas veintiocho años, y ambición en su trabajo le auguraban un futuro brillante. A Jean le recordaba un poco a él mismo, unos años atrás, con ganas de comerse el mundo.

–Mire lo que hemos encontrado –señaló apresuradamente a la vez que le mostraba algo.

En su mano, una mochila verde oscuro colgaba de sus dedos enguantados.

–¿Dónde la habéis encontrado? –preguntó con interés.

–Tras esas hayas –respondió señalando un grupo de ellas.